

El Sahara. La solución... mañana

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. RAMÓN SALAS LARRAZABAL (*)

1. LAS RAÍCES DEL PROBLEMA

Dice don Laureano López Rodó en el epílogo de su «Testimonio de una política de Estado» que, «la política exterior obedece a unas constantes históricas, geográficas y culturales que la colocan por encima de los turnos de los partidos e incluso por encima de los cambios de régimen» y aclara: «es la que define el papel de cada pueblo, como nación, en el concierto mundial»¹.

Lamentablemente esta regla se quiebra frecuentemente en España a causa de la visceralidad con que se producen en nuestra patria los cambios políticos e incluso los de gobierno.

Entre nosotros, como diagnosticó certeramente don Jesús Pabón, el mecanismo dialéctico es de una simplicidad maniquea: «todos los bienes estaban en la situación actual, puesto que todos los males se dieron en la precedente» y por ello al producirse un cambio se comienza «por una condenación de la situación anterior, por una difamación del pasado inmediato» con riesgo de «la continuidad y solidaridad mínima y vitales, esenciales para un País y para un Estado»².

Es tan cierto lo que opinaba el ilustre historiador que resulta enojoso, y hasta monótono, comprobar que todos los muchos regímenes que en España se han sucedido desde hace más de cien años han comenzado su labor política y

(*) Sesión del martes 19 de junio de 1990.

1. López Rodó, Laureano: «Testimonio de una política de Estado». Planeta. 1987, p. 189.

2. Pabón, Jesús: «Cambó». Tomo II. Parte primera. Editorial Alpha, pp. VIII a XX.

legislativa tratando de hacer tabla rasa de todo el legado recibido que, producto de los anteriores gobiernos, tenía que ser necesariamente malo.

La lectura de los preámbulos a leyes y decretos de sus tiempos «pueriles», en la doble acepción de ésta palabra, nos ilustra suficientemente de esa preocupante tendencia a la ruptura que, afortunadamente, se quebró en la última restauración.

Esa inclinación se manifestó también, como no podía ser por menos, en nuestra política africana, aunque los imperativos geopolíticos producían, en cada ocasión, las correcciones precisas para restablecer, con menor o mayor daño, pero siempre con alguno, la continuidad histórica.

Nuestra política africana ha estado siempre presidida por el deseo, que es una necesidad, de mantener unas relaciones estrechas y cordiales con Marruecos, preservar y fortalecer la unidad y solidez de su Estado y atraerlo a la esfera occidental y al mundo europeo, tarea llena de dificultades y mutuos recelos.

Desde que dejó de existir la España musulmana se discutió siempre sobre la mejor forma de hacerlo, sobre la conveniencia o no de intervenir en sus asuntos internos, de irradiar nuestra influencia desde Ceuta y Melilla y desde los enclaves que conservábamos en las costas africanas del Mediterráneo y el Atlántico o de hacerlo a través de la penetración en su interior.

Todas esas políticas tropezaron siempre con los intereses de Francia e Inglaterra. La primera porque desde principios del siglo pasado quiso incorporar a su imperio todo el Africa Occidental y la segunda porque no permitía que nadie, ni la casi indefensa España, ocupara en permanencia la totalidad de la orilla Sur del Estrecho de Gibraltar.

A España no le quedaba más que negociar sobre la sólida base de los estrechos vínculos hispano-mogrebinos que la daban unos incuestionables derechos, aunque para ingleses y franceses, a la hora del reparto de Africa, no existían otros que los derivados «de la capacidad de la Nación ocupante y penetrante»³.

La confrontación entre los derechos alegados por nosotros y la fuerza exhibida por nuestros interlocutores, inclinó siempre la balanza a favor de éstos.

Nadie discutía la legitimidad de nuestras aspiraciones pero no pudimos extraer las lógicas consecuencias de la victoriosa guerra de 1860, porque Inglaterra no nos permitió permanecer en Tetuán ni ocupar Alcazarseguer y Tánger, ni de los tratados que las asociaciones españolas que se constituyeron para la exploración del continente africano firmaron con los chiuji del desierto, porque Francia lo impidió.

Cuando en marzo de 1986 inició sus trabajos la comisión mixta hispano-francesa que habría de fijar las fronteras entre las posesiones de ambos países en el Golfo de la Guinea y en el Africa Occidental, la cuestión clave, en este último punto, era el de establecer los límites de Marruecos. ¿Dónde comenzaba y

3. Pabón, Jesús. Ob. cit, tomo II. Parte primera, p. 243. En la Conferencia de Berlín Salisbury rechazó los argumentos históricos tachándolos de «arqueológicos».

donde terminaba el imperio de los sultanes? Para estos la cuestión no ofrecía dudas. Por Oriente sus territorios incluían los oasis de Figuig, Tuat, Gurara y Tidikelt, y por el Sur llegaban hasta el Senegal. Admitían que no ejercían de hecho la soberanía en los vastos espacios desérticos, que pertenecerían al «Blad es Siba», pero ello no implicaba el que dejaran de estar bajo ella. De hecho, desde el siglo XVI, los marroquíes disputaron a los reyes de Gao el dominio del desierto y de los territorios del Níger y el Alto Volta.

En épocas más recientes, cuando los franceses comenzaron a penetrar en el desierto, Muley Hassán, que reinó desde 1873 a 1894, pretendió «dominar el territorio rebelde y mantener la soberanía del Sultán dentro y fuera de sus dominios», pero a su muerte el Imperio se descompuso y los franceses, metódicamente, iban ensanchando, a su costa, los territorios argelinos en lucha con los saharauis, que cuando se veían en apuros buscaban el apoyo y el amparo del Sultán⁴.

Las tribus que nomadeaban por Río de Oro aceptaron el protectorado español en dos ocasiones. El 28 de noviembre de 1884, Emilio Bonelli firmó con los Ulađ Bu Sbáa un tratado por el que éstos aceptaban la soberanía española y el convenio fué refrendado por R.O. de 26 de diciembre de ese mismo año de la que se dio cuenta a las potencias europeas. España tomaba posesión del «territorio de la costa occidental africana comprendido entre el cabo Bojador y la Bahía Oeste del cabo Blanco», lo que ponía bajo dominio español la Bahía de los Galgos⁵.

Una nueva expedición española, patrocinada por la Sociedad de Geografía Universal, se adentró en el Sahara y firmó el 12 de junio de 1988 en Iyil, sendos tratados con los representantes de los chiujs que ponían en manos de España todo lo que después fue el Africa Occidental española, gran parte de lo que constituiría Mauritania y fracciones de la actual Argelia⁶.

Los franceses no aceptaron los términos de estos tratados, que lamentable-

4. Las rutas que llevaban desde el Mogreb al Sudán partían desde Marruecos (Fez, Marraquex y Mogador) y Tripolitania. Las occidentales seguían los cursos de los ríos Ziz, Guir, y Zulfana Saura, que nacen en el Atlas y pierden sus aguas en el erg sahariano, jalonando su curso con una serie de oasis que fueron cayendo sucesivamente en manos de los franceses en el primer tercio de éste siglo. Figuig, que en el tratado franco-marroquí de 1845 se reconoció al Sultán, fué ocupado en 1903 y pasó finalmente a Argelia; Tidikelt, con su capital In Salah, tuvo relaciones de vasallaje con Marruecos y su chej solicitó constituir un amalato del Imperio; el Tuat y Guerara, estaban en la misma incierta situación y Tinduf, fundada en 1852 y conquistada por Francia en 1934, constituía frontera entre las zonas de influencia española y francesa, con libertad de paso para los españoles, en el proyecto de tratado de 1902. Podría discutirse su marroquinidad pero era imposible defender el carácter argelino que hoy tienen.

5. La R.O. circular fechó en Madrid el 29 de diciembre de 1884 y se transcribe íntegramente en «Geografía de Marruecos. E.M.C. del Ejército. SHM. Tomo III, séptima parte, apéndice I al capítulo primero. p. 529.

6. Los tratados en la obra citada apéndice II, pp. 530/531. Los firmaron por parte de España y el capitán Cervera, el doctor Quiroga y el diplomático Rizzo y por parte saharauí, el primero por Hach Abd el Kađe l'Aj-dar y el segundo por el Xerif Yeddu.

mente no fueron ratificados por el gobierno ni por el congreso de Madrid, y las largas negociaciones comenzadas en 1886 finalizaron con la firma en París el 27 de junio de 1900 de un convenio por el que los límites del Sahara español se materializaron en una línea que partía en dos mitades la península de cabo Blanco —con lo que se respetaba la soberanía española de la costa desde el cabo Blanco hasta el de Bojador, pero a costa de perder la bahía de los Galgos—, seguía hasta el paralelo 21°20' N. y se prolongaba por éste hasta su encuentro con el meridiano 13° O de Greenwich. Desde éste punto tomaba dirección noroeste describiendo una curva trazada de tal modo que dejaba en poder de Francia las salinas de la región de Iyil, «manteniéndose la frontera por lo menos a una distancia de 20 Km. del límite exterior de dichas salinas»; llegaba así al meridiano 12° O y se seguía por él «hasta la intersección del Trópico de Cáncer que recorría hasta el meridiano 11° O desde donde se prolongaba en dirección Norte dejando sin fijar su final con lo que quedaba indefinida la frontera Norte⁷.

Para Francia se trataba de llevar sus posesiones hasta lo más cerca posible del Atlántico. De momento el pacto dejaba en su poder todas las tierras cedidas a España por sus poseedores en los tratados de Iyil y dejaba sin fijar los límites meridionales del imperio marroquí, pero el sultán consideraba como suyas no sólo las tierras del Blad es Majzen, sino también las situadas al Este y al Sur donde se abría el inmenso desierto que separaba los países mogrebinos del África Negra.

Hasta entonces no se había planteado en las cancillerías si estas tierras estaban o no sujetas a su soberanía, siquiera fuera nominal, pero Francia, que estaba dispuesta a ejercer en ellas su dominio, no tardaría en ponerlas límite, a dictar su ley en la medida en que se lo consintieran los británicos. Esa fue la razón de su generosidad en el nonato tratado de 1902, anterior al que daría fin a la secular enemistad franco-británica.

En él la línea de demarcación entre las esferas de influencia francesa y española dejaba en ésta Agadir, el curso del Sus y toda la costa que los Reyes Católicos otorgaron en señorío al Duque de Medina Sidonia en 1449, pero el gobierno español se negó a firmar ese convenio y la actitud francesa cambió radicalmente a partir del 8 de abril de 1904 fecha en que nació la «entente cordiale»⁸. En las negociaciones hispano-francesa que siguieron, y que terminaron con el acuerdo de 3 de octubre de 1904, perdíamos casi todo lo que entonces estaban dispuestos a concedernos y se convino «en que Marruecos es toda la parte del África del Norte comprendida entre Argelia, África Occidental francesa y la colonia española de Río de Oro», es decir que las tierras al Sur del paralelo 27°40' N no podían considerarse como formando parte de Marruecos.

7. El convenio hispano-francés que delimitó las posesiones de ambos países en el África Occidental, en la costa del Sáhara y golfo de Guinea fue firmado por el embajador León y Castillo y por el ministro francés de asuntos exteriores Delcasse y se transcribe íntegramente en el apéndice III de la Geografía de Marruecos del SHM Tomo III pp. 531 a 533.

Más tarde, cuando se firmó el tratado de 27 de noviembre de 1912 por el que se establecía el Protectorado español en las zonas Norte y Sur de Marruecos, el ministro francés de negocios extranjeros, M. de Selves, ratificó ésta decisión añadiendo que «España apreciará, sin duda, el cuidado que hemos puesto en excluir su colonia de Río de Oro de la demarcación marroquí»⁹.

Es decir, quien decretaba lo que era o no era Marruecos era Francia, que igualmente determinaba lo que era o no era Argelia. Los sultanes de Marruecos, con mejor o peor derecho, siempre reivindicaron como suyas esas tierras que los deyes de Argelia jamás se atrevieron a reclamar pero que Francia fue agregando a una colonia que incorporaría a la metrópoli y cuyos límites fue dilatando hacia el Sur, el Este y el Oeste mientras, partiendo de Senegal, se adueñaba de la Mauritania arrinconando al Sáhara español al que se privaba de todo suelo con valor económico conocido.

El Tratado situaba bajo Protectorado español la parte del Sáhara comprendida entre el río Dráa, el paralelo 27°40' y el meridiano 11 al 0 de París «a condición de haberse entendido previamente con el Sultán». Fijaba los límites que habría de tener el enclave de Ifni y reconocía la soberanía española sobre la Saguía el Hamra.

España ocupó la superficie que le fue asignada en soberanía o como protectorado entre los años 1934 y 1935 y en ellos permaneció hasta después de la independencia marroquí. Inicialmente estuvieron sometidos a la autoridad del Alto Comisario de España en Marruecos pero a partir del 20 de julio de 1946 el régimen de su gobierno y administración estuvo a cargo del «Gobierno del Africa Occidental Española», dependiente de la Presidencia del Gobierno y en el que no se hacía la menor distinción entre Ifni y el Sáhara, territorios de soberanía, y la comarca de Tekna, zona Sur del Protectorado, aunque para salvar el principio de la unidad marroquí el gobernador asumía en éste último caso la delegación del Alto Comisario de España en Marruecos.

2. LA CUESTIÓN EN LOS AÑOS INMEDIATAMENTE POSTERIORES AL CESE DE LA ACCIÓN PROTECTORA

España dio fin a su acción protectora en la zona Norte de Marruecos por acuerdo de 7 de abril de 1956 por el que se regulaba la transmisión de los órganos administrativos y militares, bienes y servicios en la antigua zona española, pero ni en la Declaración conjunta ni el protocolo adicional se habló de la parte Sur ni de Ifni, la Saguía y Río de Oro.

8. Areilza, José María de y Castiella Fernando María. «Reivindicaciones de España». Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1941. Segunda Edición, pp. 577-579. Se transcribe en su redacción francesa el art. III del Proyecto de Tratado de 1902.

9. Areilza y Castiella. Ob. cit. p. 588. Los autores hacen incapié en que el art. VI del Convenio de 1904 en el ya aclara que las tierras por debajo del paralelo 27° 40' no podían considerarse parte de Marruecos.

A pesar de este aparente olvido los grupos nacionalistas marroquíes reclamaron inmediatamente la totalidad de los territorios administrados por España y los que Francia había arbitrariamente adjudicado a Argelia y Mauritania. Nació la idea del Gran Marruecos que englobaría no solo al Sur marroquí de Tekna sino también al extenso Sáhara Occidental¹⁰.

Eran campeones de esta idea los dirigentes del Istiklal. Allal el Fassi, en un discurso pronunciado en Tánger el 18 de junio del mismo año de la independencia marroquí, dijo: «La lucha proseguirá hasta que sea una realidad la independencia de todas las partes de Marruecos, sea incorporada Tánger definitivamente al país, liberado el Sáhara que aún está sometido a la influencia española, el que se halla bajo la francesa y vuelvan al imperio xefiriano las partes que arrancó el colonialismo desde Tinduf a Colomb Bechar, Cuat, Kandasa y Mauritania»¹¹.

Como consecuencia de estas predicaciones, alentadas desde altas instancias del Estado, las BAL, resistentes a integrarse en las Fuerzas Armadas Reales y teóricamente rebeldes, se lanzaron por la vía del expansionismo y, con el beneplácito de las autoridades españolas, se infiltraron en nuestros territorios desde los que efectuaron a lo largo de 1957 algunas agresiones a puestos franceses en Mauritania¹².

España seguía fiel a la política de apoyo a los movimientos nacionalistas que había mantenido desde 1936 y muy especialmente durante el exilio de Mohamed V, sin otra interrupción que la que se produjo en el período inmediatamente posterior al final de la II Guerra Mundial en que actuó de acuerdo con Francia, y de ahí que no interfiriera en la actividad de las bandas.

Creo sinceramente que en ese momento no se fue coherente. Al regreso del Sultán, Francia nos arrebató la iniciativa que hasta entonces habíamos tenido y quedamos retrasados a la hora de aceptar el hecho inevitable de tener que poner fin al Protectorado. Con ello perdimos el enorme prestigio que habíamos logrado ante los marroquíes y ante todos los musulmanes en los años anteriores y tratar de recuperarlos haciendo la «vista gorda» a las actividades de las BAL no parecía lo más inteligente.

Por añadidura estas bandas no se limitaron, en contra de lo que creyeron en Madrid, a hostigar a los franceses, sino que soliviantaron a los saharauís y consiguieron la adhesión de algunos importantes chiuj, especialmente la de Mohamed Lagdaf, hijo del Sultán Azul y hermano de el Hiba y Merebbi Rebbo, sucesores de aquel. En ese momento era delegado del Gran Visir en la zona Sur del

10. Redondo Díaz, Fernando: «La campaña de Ifni-Sáhara (1957-58) y la presencia española en la costa occidental de Africa». Acta n.º 14. Tomo I del XIV Coloquio Internacional de Historia Militar. Montreal 16-19 Agosto 1988, pp. 452-453.

11. Villar, Francisco: «El proceso de autodeterminación del Sáhara», p. 45.

12. Casas de la Vega, Rafael: «La última guerra de Africa». Colección Adalid, pp. 73 a 80. Las infiltraciones se iniciaron del 10 al 12 de octubre de 1957 con conocimiento y consentimiento del gobernador del Africa Occidental española y del Gobierno de Madrid.

Protectorado y otros hermanos suyos estaban situados en puestos similares en Ifni y Villa Cisneros.

Esta familia, tan importante en el desierto occidental desde que su jefe, Ma el Ainin, viajara a la Meca en 1857, resulta paradigmática. Su fundador nació en el Haud de Mauritania, se educó en Tinduf, hoy Argelia, hizo su peregrinación a la Meca en compañía de los hijos del Sultán Muley Abderrahman, practicó el nomadismo por tierras hoy mauritanas, argelinas y marroquíes y se estableció finalmente en la Saguía, donde fundó Smara en 1898. Luchó constantemente contra los franceses, pidió el apoyo del Sultán en 1907 y murió en 1910 poco después de que sus gentes fueran vencidas por el general Moinier en tierras mauritanas. Su hijo, el Hiba, señoreó todo el Sur del imperio marroquí, intervino en todas las luchas que provocaron la muerte de Muley Hassan y llegó, ocasionalmente, a ocupar Marraqués. Lo heredó su hermano, Merebbi Rebbo que siguió su oposición a la penetración francesa hasta que derrotado se refugió en Cabo Jubi, inmediatamente después de la ocupación de Ifni en 1934, a la que colaboró en unión de Lagdaf, el que tomó partido por las BAL en 1957. Otros hermanos se mantuvieron leales a España y no faltó el que se uniera a los franceses en el Senegal.

No era muy distinta la actitud que tomaron otras familias saharauís y todo ello nos confirma en la opinión de que las gentes del desierto no constituían un grupo nacional. Caían, inevitablemente, en la órbita de atracción del más poderoso de sus vecinos: Francia durante la primera mitad de este siglo.

Las BAL, que veían en ella a su enemigo principal, se desparramaron por toda la superficie del Africa Occidental española en una actitud cada vez menos amistosa. Las autoridades francesas del Africa Occidental trataron reiteradamente de llegar a algún acuerdo con las españolas para expulsarlas del territorio, pero Madrid agradeció el ofrecimiento y le rechazó. Incluso después de que se produjeran las primeras agresiones se mantuvo esta actitud¹³.

Esta conducta envalentonó a sus jefes que reunieron el 15 de marzo de 1957 en Eglemin a importantes chiujs de la región para convocarlos a la lucha contra los extranjeros en nombre del Sultán de Marruecos.

El gobernador general, en vista de los acontecimientos, solicitó autorización para concentrar sus tropas en los puntos costeros de Ifni, Cabo Jubi, Villa Cisneros, La Agüera y el Aaiun y defenderlos a toda costa en tanto los franceses proponían una operación conjunta para «la eliminación completa y definitiva de toda amenaza rebelde en el interior de nuestros territorios».

La retirada dejó en manos de las bandas la práctica totalidad del Africa Occidental española y los saharanís pensaron, muy justamente, que España los abandonaba con lo que empezaron a ceder a los requerimientos marroquíes y, en buena medida, engrosaron las BAL. Las instrucciones de Madrid eran las de

13. Mandaba las BAL un antiguo suboficial del Ejército Francés, Ben Hammu, que se presentó a las autoridades españolas en Villa Cisneros desde donde regresó a Marruecos dejando al frente de las dos agrupaciones en que dividió sus tropas a los caídos Ben Ylali y Al Lal.

mantener ante su presencia una actitud de estricta neutralidad, «desarmando e internando o devolviendo a contraventores de uno u otro bando».

No se comprende fácilmente esta política. Al parecer sólo había dos opciones: actuar de acuerdo con los franceses, como finalmente se hizo, o entrar inmediatamente en urgentes negociaciones con Marruecos para resolver de una manera definitiva el problema de la soberanía. Al no hacerse así se vio sin otro recurso para dejar a salvo el prestigio nacional que aceptar el insistente ofrecimiento francés y recuperar lo que, sin lucha, había cedido.

Al finalizar 1957 el repliegue había concluido y no se había efectuado sin pérdidas. Tanto en Ifni como en el Sáhara decenas de españoles perdieron la vida en la defensa de unas posiciones sometidas a un continuo hostigamiento.

Fue entonces cuando el gobierno de Madrid autorizó «precisar la colaboración francesa aérea y terrestre» lo que equivalía a permitir la ejecución de los planes concertados por españoles y franceses en Dakar entre los días 20 y 24 de septiembre de 1957.

3. LA REACCIÓN ESPAÑOLA Y MARROQUÍ A LAS AGRESIONES DE LAS BAL

Contra lo que hubiera sido normal en 1956, proseguir las negociaciones hispano-marroquíes para tratar del futuro del Africa Occidental española, la pequeña guerra que allí tuvo lugar enconó los ánimos abriendo un contencioso de momento circunscrito a los dos países que hasta entonces parecían los únicos interesados: Marruecos y España.

Para Madrid se trataba, ante todo, de restablecer su autoridad y, simultáneamente, reafirmar su derecho a permanecer indefinidamente en aquellos territorios, por lo menos en los de soberanía. Por Decreto de 10 de enero de 1958 creó las provincias de Ifni y El Sáhara, que tendrían en lo orgánico la condición de partes integrantes de la nación y que en lo militar dependerían del capitán general de Canarias que ordenó «restablecer la normalidad en las provincias» «expulsar a las bandas armadas marroquíes... y liberar a los indígenas, súbditos españoles, de su dominio»¹⁴.

Sin embargo se siguieron criterios bien distintos en una y otra. En Ifni el objetivo se limitó a la consolidación de una fuerte posición en torno a la capital de la provincia en tanto que en el Sáhara la contraofensiva se señalaba como misión la recuperación de la totalidad del territorio. La operación franco-española se inició el 26 de enero de 1958 y finalizó el 24 de febrero con la expulsión de las BAL de la totalidad del territorio.

Restablecido el orden no tardaría en producirse la reacción marroquí. Hasta

14. Era capitán general de Canarias el general López Valencia; el general Gómez Zamalloa, anterior gobernador de la A.O.E. fue designado gobernador de la provincia de Ifni y el general Héctor Vázquez de la del Sáhara.

entonces el monarca y su gobierno no habían intervenido, a lo menos oficialmente, en los acontecimientos pero a penas impuesta la paz en el Sáhara el rey Mohamed V en un discurso pronunciado en el Oasis de M'Hamid proclamó solemnemente que seguiría tenazmente su acción hasta conseguir «el retorno de nuestro Sáhara en el cuadro del respeto a nuestros derechos históricos y de acuerdo con la voluntad de sus habitantes»¹⁵. Por su parte, el secretario de estado norteamericano Foster Dulles había viajado a Madrid el 17 de diciembre del año anterior para pedir a Franco que llegara urgentemente a un acuerdo con el monarca marroquí para impedir su eventual destronamiento y la caída de todo el Mogreb bajo la influencia soviética¹⁶.

Bajo esta doble presión España cedió, pero sólo en parte, y el 2 de abril se convino en Cintra (Portugal) la transferencia a Marruecos de la zona Sur del Protectorado.

Franco, al parecer, tenía también la intención de entregar Ifni pero lo retuvo como pieza de negociación. Una nueva intervención de Foster Dulles propició la firma en Rabat el 30 de junio de un acuerdo por el que se puso fin a las hostilidades en aquella provincia.

Cuando esto sucedía acababa de producirse en Francia un acontecimiento de capital importancia. El 13 de mayo se habían sublevado los jefes militares franceses de Argelia exigiendo que se entregara el poder al general De Gaulle, quién el 19 de junio fue investido por la Asamblea Nacional de la que recibió plenos poderes para dar a Francia una nueva Constitución y estructurar la V República. Contra el deseo de los que le habían elevado ofreció el 23 de octubre al F.N.L.A. «una paz entre valientes» y a los restantes miembros del Imperio la autonomía o, de así desearlo, la independencia.

4. EL CONTENCIOSO HISPANO-MARROQUÍ EN LA O.N.U.

Marruecos trató de contrarrestar la iniciativa francesa y el 3 de septiembre de aquel año, 1958, convocó en Rabat el «Congreso del Sáhara y Mauritania» en el que reclamó la soberanía sobre esos territorios, petición que reiteró el 24 de noviembre ante la XIV Asamblea General a la que solicitó que presionara a España para que entablara inmediatas negociaciones bilaterales.

España había entrado a formar parte de la Organización Internacional, en unión de otros quince países, por acuerdo de la X A.G. de 14 de diciembre de 1955 y al año siguiente, en la XI A.G., se instó a todos los nuevos miembros que

15. Ould Errachid, Khallihenna: «Intégration et Développement». Editado por C.S.M. marzo 1957 p. 17.

16. Los EE.UU. venían ejerciendo presión en ese sentido y ya el 29 de mayo de 1956 Eisenhower escribió a Franco: «Los actos de justicia requieren coraje y generosidad, uno de los mayores problemas para los hombres y sus gobiernos es afrontar la inevitabilidad del cambio». Ver A-Marquina «España en la política de seguridad occidental». Madrid 1986.

facilitaran información sobre los Territorios No Autónomos (TNA) que administraran. En la XII Marruecos protestó de que por la organización se hubieran incluido entre ellos a Ifni, Sáhara y Mauritania, a los que consideraba parte integrante de su territorio nacional, y que reclamó como suyos en la XIV en la que incluyó entre sus peticiones a Ceuta y Melilla. Bulgaria, apoyada por la URSS, fue más lejos y mencionó a las Islas Canarias.

En este ambiente internacional, en el que Francia había dado libre curso a las aspiraciones de sus antiguas colonias y en el que Mauritania iniciaba una vida como miembro autónomo de la comunidad francesa, las posibilidades españolas de retener sus territorios africanos eran muy escasas, por no decir que nulas. Había que hacer algo y hacerlo pronto, pero no se optó por la táctica dilatoria de dar tiempo al tiempo.

Parecía favorecerla el hecho de que las cosas no fueran tampoco bien a los marroquíes que en el otoño de 1958 tuvieron que enfrentarse a rebeliones, o conatos de ellas, en el antiguo protectorado español. Al Norte en el Rif y al Sur en Tarfaya. Las gentes del «Blad es Siba» parecían tan poco propensas a aceptar la autoridad del nuevo rey de Marruecos como sus antepasados lo fueron para acatar la del Sultán. De momento comenzaron unas largas negociaciones hispano-marroquíes que no dieron otro resultado que la devolución de prisioneros, efectuada el 6 de mayo de 1959¹⁷.

La nueva actitud francesa facilitó las cosas a la O.N.U., hasta entonces reacia a impulsar la descolonización, y en la XV A.G. se aprobó la resolución 1514, de fecha 14 de diciembre de 1960, conocida como «Declaración sobre la concesión de independencia a los países y pueblos coloniales».

Se reconocía el derecho a la autodeterminación a todas las colonias «sin que la falta de preparación, pueda nunca servir de pretexto para retrasar su independencia». Las potencias administradoras debían tomar, «inmediatamente», medidas para traspasar todos sus poderes sin «permitirse la ruptura total o parcial de la unidad nacional y de la integridad de los pueblos coloniales, lo que se consideraría incompatible con los principios y fines de la Carta»¹⁸.

Al día siguiente se aprobó la resolución 1541 en la que se ofrecían tres vías a los TNA: acceder directamente al autogobierno; asociarse libremente con la nación administradora; integrarse en ella.

Fue entonces cuando el gobierno español, que en 1958 negó que los tuviera, reconoció que sus posesiones africanas tenían esa condición, lo que era tanto como aceptar que no formaban parte de la nación española. Marruecos, por el contrario, trataba de convencer a la ONU de que tanto Ifni como el Sáhara lo eran de la suya y que, en consecuencia, debían ser tratados conjuntamente.

El 26 de enero de 1961, muy poco después de que la ONU sentara doctrina y de que el gobierno español enviara «Información respecto a los territorios a que

17. El acto tuvo lugar en Casablanca y a él asistió el Sultán que recibió los prisioneros de Ben Hammu y los entregó a las autoridades españolas. Casas de la Vega. Ob. cit. p. 551.

18. Truyol y Serra, Antonio: «La sociedad internacional». A.U. Madrid 1974, pp. 85-87.

se refiere el capítulo XI de la Carta», fallecía Mohamed V y le sustituía su hijo Hassan, que fué proclamado rey el 24 de febrero.

Se estaba en plenas negociaciones para la entrega de Ifni, que Franco hacía depender de la firma por Marruecos de un documento en el que se afirmara que España había dado pleno cumplimiento a sus compromisos; se reconociera el carácter español de Ceuta y Melilla; se respetaran los derechos tradicionales de los pescadores españoles y se comprometiera a cesar en su reclamación del Sáhara.

La respuesta del nuevo rey fue el secuestro el 11 de marzo de once técnicos españoles y norteamericanos que efectuaban prospecciones mineras en el Sáhara y que fueron liberados días más tarde pero no sin advertir a los gobiernos y a las empresas que se abstuvieran de invertir o explotar las riquezas del territorio mientras no se solucionara el problema de su soberanía¹⁹.

Por añadidura un Dahir de 2 de junio de ese mismo año promulgó la «Ley Fundamental» del reino alauita y en ella se afirmaba: «Marruecos, en los límites de sus verdaderas fronteras, es uno e indivisible. Obrar con la finalidad de recobrar la integridad y la unidad del territorio es un deber nacional» y Hassan II se comprometió el 20 de agosto a liberar los territorios irredentos de Ceuta, Melilla y los Peñones en el Norte, y Tinduf, Mauritania, el Sáhara e Ifni, en el Sur.

5. ESPAÑA IMPULSA LA COLONIZACIÓN DEL SÁHARA

Curiosamente España emprende la colonización de un territorio hasta entonces totalmente ignorado, precisamente cuando en todo el mundo soplan vientos de descolonización. Por ley 8/61 de 19 de abril, desarrollada por decreto de 14 de diciembre, se regula la organización y régimen especial del gobierno y administración del Sáhara que adquiriría un determinado grado de autonomía reflejado en que las leyes, decretos, órdenes y disposiciones generales del Estado sólo tendrían vigencia en la provincia si se publicaban en su Boletín. Se trataba de establecer unas condiciones que garantizaran en cualquier futuro previsible que la colonia seguiría íntimamente unida a España por importantes vínculos sociales, económicos, políticos y humanos.

Comienzan las inversiones y los presupuestos crecen inusitadamente. Los del Africa Occidental española alcanzaron su máximo en el último año de su existencia, 1957, en el que se elevaron a 86,7 millones de pesetas, casi todas ellas dedicadas a cubrir los gastos de la administración. Al año siguiente, el primero en el que la provincia del Sáhara tuvo los suyos propios, estos fueron únicamente de 49,1 millones y las inversiones se limitaron a 1,7; en 1961 los gastos se elevaron a 207,2 millones y las inversiones superaron los 58 y estas cifras crece-

19. El gobierno español por decreto de 6 de febrero de 1960 había concedido a seis compañías norteamericanas el derecho a realizar prospecciones mineras y petrolíferas en el Sáhara.

rían a partir de entonces a velocidad de vértigo. Las prospecciones mineras se aceleraron. El 4 de julio de 1962 se creó Enminsa (Empresa Nacional Minera del Sáhara), que localizó los importantes yacimientos de Bu Craa, descubiertos muchos años antes por el profesor Alia y, a parte de las inversiones estatales, esta y otras empresas gastaron decenas de millares de millones que atrajeron no sólo a los habitantes del país sino a muchos españoles que encontraron empleo en la urbanización de las ciudades y pueblos que iban surgiendo y en las que se agrupaban los indígenas, antes nómadas, que abandonaban sus «jaimas», para adquirir hábitos sedentarios y un puesto de trabajo fijo y remunerado. Se abría un círculo vicioso del que difícilmente podría salir el gobierno español que trató de resolver el problema de la inevitable descolonización con una utópica solución que dejara a salvo sus intereses.

6. LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL PROBLEMA

En el proceso de descolonización Mauritania alcanzó la plena independencia el 28 de noviembre de 1960 y no sólo se resistía a su absorción por Marruecos, que no quiso reconocer su existencia, sino que también aspiraba a una «Gran Mauritania» que se extendiera desde Azaurard hasta el Atlántico. Su dirigente, Uld Daddah, ya había dicho el 1 de junio de 1957 en Atar que el Sáhara español formaba parte de su país y pidió a las tribus saharauis que se unieran y no se dejaran dividir por los extranjeros²⁰.

Se vivía un momento de distensión en las relaciones hispano-marroquíes a causa, fundamentalmente, de la independencia de Argelia, sancionada el 3 de julio de 1962, y seguida por unos meses revueltos que finalizaron con el triunfo de Ben Bella y su ingreso en la ONU. Franco y Hassan II se reunieron en el aeropuerto madrileño en un ambiente amistoso que dio nacimiento al llamado «espíritu de Barajas» y aunque aquel año, en la XVIII A.G., Mauritania reclamó el Sáhara español, todo permaneció en calma salvo en el desierto argelino en el que durante el otoño de 1963 se libró la breve «guerra de las arenas»²¹.

La rivalidad entre Marruecos y la nueva Argelia no se limitaría a la disputa fronteriza sino que alcanzaría un nivel más alto: el de la hegemonía en el Magreb y en todo el Norte de Africa. El Sáhara español sería una baza importante en ese juego.

En la ONU el contencioso empezaba a tomar un carácter endémico, pero todavía circunscrito a las reclamaciones de Marruecos y Mauritania. En la XVIII

20. Mauritania había sido admitida en las Naciones Unidas el 27 de octubre de 1961 en el curso de la XVI A.G. en la que también se dispuso la creación del «Comité de los 24» que habría de vigilar los procesos descolonizadores.

21. La disputa fronteriza entre Marruecos y Argelia se agrió a lo largo de 1963 y tomó carácter bélico el 8 de octubre. El 22 el emperador de Etiopía logró que aceptaron un alto el fuego pero sin llegar a un acuerdo. En mayo de 1964 reanudaron las relaciones diplomáticas rotas hasta entonces.

A.G., ésta reclama al Sáhara; en la XIX protesta cuando Marruecos reclama «respeto a su integridad» y en la XX se aprobó la resolución 2072 que sirvió de base a todas las siguientes.

Los días 12 y 13 de febrero de aquel año de 1965 se habían reunido nuevamente Franco y Hassan II, esta vez en Córdoba, y todo parecía indicar que llegarían a un acuerdo, por lo menos en lo referente a Ifni, pero en los meses siguientes graves alteraciones de orden público en Marruecos y el golpe de Estado del coronel Boumedian en Argelia, introducen una importante variante en la política mogrebina²².

A todo ello quiso poner remedio la ONU que en su resolución 2072 apremiaba a España para que diera cumplimiento a la 1514, abriera negociaciones con Marruecos sobre Ifni y preparara un referéndum para que el pueblo sarahauí expresara su voluntad. Era la primera vez en que éste aparecía como parte interesada en el problema.

7. LAS REPERCUSIONES DE LA RESOLUCIÓN 2072

Esta importante resolución se aprobó el 16 de diciembre de 1965 después de unos tensos debates en los que Marruecos pidió que se tuviera en cuenta el párrafo sexto de la resolución 1514, el que habla del respeto a la integridad territorial de los estados; Mauritania, país al que todavía no había reconocido Marruecos, expresó su esperanza de que España le entregaría aquel territorio que consideraba parte integrante del suyo y la Asamblea revolvió, en contra del deseo marroquí, por disociar el caso de Ifni del del Sáhara y ante ello la delegación marroquí cambió de táctica y aceptó el principio de autodeterminación.

El delegado mauritano argumentaba que incluso los marroquíes habían reconocido siempre que el Sáhara español formaba parte de su territorio²³.

Para resolver la discordia Marruecos solicitó la apertura de negociaciones con España sobre el principio de la unidad territorial y el ministro de asuntos exteriores, Castiella desde el 25 de febrero de 1957, contestó el día 30 diciendo que España creía haber cumplido todos sus compromisos, aunque empezaron a producirse diferencias internas sobre la materia. La presidencia del gobierno y

22. Las reuniones de los dos jefes de Estado se celebraron en ocasión de una cacería en Lugar Nuevo (Córdoba). Al mes siguiente hubo graves desórdenes en Marruecos y el rey tomó personalmente la dirección del gobierno en junio. Boumedian dio su golpe de Estado en la madrugada del 19 de junio y el Consejo Revolucionario le otorgó la presidencia el 10 de julio.

23. En su apoyo leyó el art. 18 del tratado hispano-marroquí de 1767: «S.M. Imperial se aparta de deliberar sobre el establecimiento que S.M. Católica quiere fundar al Sur del Río Nun, pues no puede hacerse responsable de los accidentes y desgracias que sucedieran a causa de no llegar allí sus dominios y ser la gente que habita en el país errante y feroz, que siempre ha ofendido y aprisionado a los canarios». Aportó también el testimonio del «Libro Blanco» marroquí de 1960 en el que se decía que el Sáhara español era parte de Mauritania, aunque no aclaró que en él se consideraba el todo como parte integrante de Marruecos.

el Alto Estado Mayor tomaron partido por la creación de un Sáhara autónomo íntimamente vinculado a España en tanto el ministerio de asuntos exteriores se pronunciaba por el exacto cumplimiento de las resoluciones de la ONU que en 1966 insistió en sus conocidos criterios aunque introduciendo la variante de que en las negociaciones que habría de emprender España tomarían parte Marruecos, Mauritania y «cualquier otra parte interesada», mención indirecta a Argelia que empezaba a interesarse vivamente por el problema.

Consecuencia de estas discrepancias fue el escrito que, a instancias del Gobernador General de la provincia, enviaron a la ONU el 21 de marzo de 1966 los chiuj de las yemáas saharauas afirmando que su pueblo era parte de España por la libre voluntad de los habitantes y que rechazaba las apetencias de los que querían anexionárselo²⁴.

Así, la resolución 2229 de 20 de diciembre de 1966 no satisfizo más que a Argelia. A las deliberaciones previas en el seno de la 4.^a Comisión y en el Comité de los 23 asistieron comisiones de saharauis defensoras de las diferentes tesis en litigio, proespañoles, promarroquíes y promauritanos y todos quedaron decepcionados.

La respuesta marroquí estuvo protagonizada por Ufkir, que en la romería político-religiosa celebrada en Tantán el 8 de mayo de 1967 en el aniversario de Mohamed Lagdaf, fallecido en 1960, pronunció un violento discurso en el que alentó a sus oyentes a la «liberación del Sáhara».

La del gobierno de Madrid fue la de progresar en su idea de ligar estrechamente el futuro de la provincia a España. Por decreto de 11 de mayo, tres días después de las palabras de Ufkir, se creaba la Asamblea General del Sáhara o Yemáa para la promoción de los intereses generales del territorio. Estaría integrada por 102 miembros de los cuales 40 representarían a los chiuj de las correspondientes fracciones, otros tantos a los cabezas de familia de dichas unidades sociales, 16 a los sectores profesionales siendo los restantes el presidente, vicepresidente, presidente del cabildo y los alcaldes de El Aaiun, Smara y Villa Cisneros. Se reunirían bimensualmente o cuando los asuntos a tratar lo requiriesen y se señalaba un plazo de quince días para la convocatoria de elecciones.

Estas se celebraron el 4 de septiembre, lo que unido a los contactos que durante esos meses se establecieron entre Madrid, Argel y Nuakchott, creó un fuerte recelo en Rabat donde temieron que surgiera un «Estado tapón», tutelado por España que, en la XXII A.G., votó a favor de la resolución 2354 lo que significaba que, por primera vez, aceptaba el principio de autodeterminación y que predominaban los criterios del ministerio de Asuntos Exteriores.

Ese voto afirmativo comprometía a la celebración de un referéndum bajo los auspicios de la ONU y a la autorización para que una misión de ésta viajara al

24. La idea del escrito de los notables saharauis nació en la presidencia del gobierno y encontró eco amplio aunque no unánime. Se negó a firmar el escrito, entre otros, el presidente del Cabildo Provincial Hadj Jatri Joumami, que fue destituido y relevado por Sheila Ulad Abeida.

Sáhara para participar en la organización y la celebración de la consulta.

Fue algo que desagradó en los círculos de la presidencia aunque se repitió al año siguiente en la periódica votación de A.G. El gobernador general aconsejó a la Yemaá que se dirigiera al gobierno expresando la inconveniencia de la presencia en el Sáhara de una misión que no había sido previamente llamada y así lo hizo su presidente Sheila que, por añadidura, en su calidad de procurador en Cortés, pronunció en ellas un discurso el 7 de febrero de 1969 en el que se reafirmó en el contenido del escrito acentuando su desacuerdo con las resoluciones de la A.G.

Tanto la secretaría general de la ONU, como la OUA, que celebró aquel año su VI Cumbre en Addís Abeba, condenaron los términos del discurso al que consideraron como parte de un plan español para imponer sus tesis²⁵.

Curiosamente era un momento en el que las relaciones hispano-marroquíes estaban en una fase prometedora. El 6 de enero se había firmado en Fez el Tratado de devolución de Ifni a cambio de un ventajoso convenio de pesca y la bandera española se arrió en aquella provincia el 30 de junio. La vieja dirección general de Plazas y Provincias Africanas se suprimía sustituida por la que se llamó de Promoción del Sáhara y Hassan II y Franco trataron amistosamente de su futuro en Madrid el 29 de junio. El monarca marroquí reclamaba la soberanía y en compensación prometía cooperación económica y cesión de bases militares. Franco ofrecía lo mismo, sólo que al contrario: soberanía española y amplia cooperación económica con Marruecos. Su deseo de permanencia en la colonia era manifiesto y quedaría afirmado en la siguiente reunión de la Asamblea General en la que, en el momento de votar la rutinaria resolución, esta vez la 2591, prácticamente igual a todas las anteriores a partir de 1965, la delegación española se abstuvo, en contra de lo que había hecho los dos años anteriores.

Marruecos reaccionó intentando llegar a acuerdos regionales con sus vecinos. Reconoció al estado mauritano en enero de 1970 y, después de contactos bilaterales con su gobierno y el de Argelia, convocó una cumbre que se reunió en Nuadhibú el 14 de septiembre de ese año y en la que se acordó «reforzar los lazos de cooperación entre Marruecos, Argelia y Mauritania y armonizar sus políticas respectivas tanto en el plano nacional como en el internacional».

8. SURGE EL NACIONALISMO SAHARAUI

Desde la provincialización llevaban los saharauis varios años de disfrute de una cierta autonomía y durante ellos fue surgiendo, impulsada por España, la idea nacionalista. En 1968 se constituyó en territorio de la antigua zona sur de Protectorado español la que se llamó «Organización avanzada para la libera-

25. Esta opinión parece confirmada con el cambio de criterio seguido por la delegación española en la ONU a finales de año. Antes se había producido una crisis de gobierno en la que Castiella salió de asuntos exteriores relevado por don Gregorio López Bravo (29 de octubre de 1969).

ción del Sáhara», opuesta al Frente de Liberación del Sáhara promovido por Marruecos y dirigido por los hombres que envió a Nueva York en 1966. Presidía la nueva organización, de carácter independentista, Mohamed Bachir Uld Sidi Brahim, «Bassiri», y eran miembros destacados Amed U. Zaif, antiguo sargento de las tropas nómadas, Brahim Ghali U. Mustafa, cabo de la policía territorial y otras figuras destacadas de la colonia. Su primera aparición pública se produjo el 17 de junio de 1970 con motivo de una manifestación promovida por las autoridades locales de El Aaiun para protestar de la política seguida por la ONU. Su contramanifestación fue duramente reprimida con el saldo de varios muertos y heridos y numerosas detenciones entre ellas la de «Bassiri», que desapareció.

La reacción de Madrid no se hizo esperar. Sheila fue destituido y reemplazado por Jatri y al Sáhara viajaron varios ministros que hicieron firmes promesas a los saharauis.

En Marruecos estos acontecimientos no tuvieron las repercusiones previsibles pues al año siguiente, el 10 de julio, se produjo el fracasado golpe de estado de Sjírat, que estuvo a punto de costar la vida al monarca. Los rebeldes fueron severamente castigados y argelinos y mauritanos temieron que el rey, superada la crisis, emprendiera una política de exaltado nacionalismo y todos creyeron conveniente congelar el contencioso dentro del «espíritu de Madrid», consecuente a las conversiones que mantuvo López Bravo con sus colegas de los tres países mogrebins occidentales.

El ministro español viajó a El Aaiun en enero de 1972 y en un discurso que pronunció el día 2 dijo: «Este territorio y sus riquezas son saharauis y nada más que saharauis y, por lo tanto, nosotros nunca podemos disponer de él ni de ellas más que cumpliendo un mandato de sus legítimos propietarios». Declaraciones que molestaron en Rabat, Nouakchott, Argel y Trípoli. Gaddafi, que visitó Mauritania en febrero, «prometió apoyo militar para la liberación del Sáhara»²⁶.

La OUA pidió en su reunión de Rabat, celebrada en junio de 1972 (IX Cumbre), que todos los países miembros intensificaran sus esfuerzos para obligar a España a poner en práctica las resoluciones de la ONU. Fue un momento de euforia para Marruecos. Argelia normalizó sus relaciones con Rabat y ambos países concluyeron un acuerdo fronterizo y otro para la explotación en común de las minas de Gara Djebilet. Boumedian dijo en aquella ocasión: «La unidad de nuestros dos pueblos y su solidaridad de ayer en la lucha común hacen que los problemas del uno sean los problemas del otro. Es necesario reafirmar nuestra solidaridad total con el hermano Marruecos en la lucha por restablecer su soberanía sobre sus territorios que todavía están bajo dominio colonial»²⁷.

26. Muamar Gaddafi estaba al frente de Libia desde el golpe de estado de septiembre de 1966 que derrocó al rey Idris I. Adoptó desde el inicio de su mandato una postura de radical nacionalismo árabe cuyo éxito buscó en repetidos intentos de llegar a una federación con los restantes países arabizados.

27. Khallihenna Ould Errachid. Ob. cit. p. 18.

También habían mejorado las relaciones de Rabat con Mauritania hasta el punto de que los embajadores respectivos en Madrid entregaron el 22 de junio a López Bravo sendas notas en solicitud de que España cumpliera de manera inmediata los mandatos de la ONU, organización que siguió reiterándolos.

Este clima de entendimiento mogrebí duró poco. El 16 de agosto, estamos en 1972, Hassan II fue objeto de un atentado mientras volaba desde París hacia Kenitra al ser atacado su avión por una escuadrilla de caza que, milagrosamente, no consiguió su objetivo. Este acontecimiento tuvo hondas repercusiones internas. Ufkir, el hombre hasta entonces de la máxima confianza del rey, murió fusilado y con él muchos de sus compañeros de armas. El monarca, para galvanizar en su entorno al país, usó el resorte del nacionalismo expansionista y su postura se tornó agresiva. El 31 de diciembre denunció el tratado de Fez de 4 de marzo de 1969, que tenía diez años de vigencia y, en respuesta a un escrito de la Yemaá de 20 de febrero de 1973, al que Franco contestó ofreciendo un Estatuto a la colonia, promulgó el 3 de marzo un Dahir por el que ampliaba a 70 millas el límite de sus aguas jurisdiccionales.

España trató infructuosamente de mantener su reserva de derecho y ésta era la situación cuando el 10 de junio Franco abandonó la presidencia del gobierno cediéndola al almirante Carrero Blanco que designó ministro de asuntos exteriores a don Laureano López Rodó.

La política que emprendió el nuevo ministro fue la de descolonizar. Como él mismo confiesa era preciso mantener la paz con Marruecos pero sin crear en el Sáhara un vacío de poder que pudiera hacerle objeto de apetencias extrañas y le convirtiera en un factor de inestabilidad. En definitiva, llegar a la autodeterminación sin sacrificar a los saharauis, ni permitir que fueran expoliados.

Para llevarla a cabo se entrevistó con sus colegas del Mogreb y el 13 de agosto recibió secretamente en el palacio de Viana a Benhina, ministro marroquí de asuntos exteriores, con el que trató, sin conseguirlo, de dulcificar el alcance de la ampliación de las aguas territoriales²⁸.

La iniciativa pasaba a Marruecos que logró tratar de sus reivindicaciones en la IV Cumbre de Países No Alineados que aprobó una resolución en la que, después de denunciar las maniobras dilatorias del gobierno español, se expresa la solidaridad de los países miembros con la población del territorio y la adhesión inquebrantable al principio de autodeterminación.

El 10 de septiembre de 1973, el día siguiente a la clausura de la reunión, López Rodó recibió a los altos dignatarios mauritanos para convencerles de que España sólo deseaba la autodeterminación y que ésta podría conducir a que los saharauis se integraran en Mauritania o crearan un estado independiente, solución que preferían «porque les permitiría contar con la ayuda de España, que

28. López Rodó, Laureano. Ob. cit. p. 141. El ministro marroquí estaba quejoso de que el gobierno español hubiera contestado a la Yemaá sin avisar con tiempo suficiente de su decisión a Rabat.

les es necesaria, igual que los mauritanos necesitamos la ayuda de Francia»²⁹.

El almirante Carrero se entrevistó con ellos el día 12 y les dijo que España deseaba proseguir su labor de promoción y preparación de los habitantes para el autogobierno. «Nosotros —dijo— aceptamos la autodeterminación y si ellos dijeran que quieren ser independientes, España reconocería esa independencia», pero, añadió, «para que pueda existir un estado independiente hace falta contar con unos hombres capaces de gobernarlo y estas condiciones todavía no se dan entre los saharauis. Formar hombres no se puede hacer improvisadamente; es algo que requiere una generación».

Era un punto de vista que demoraba la solución del problema largos años y que se oponía a la doctrina sentada en la declaración de independencia: «la falta de preparación nunca puede servir de pretexto para retrasar la independencia».

De acuerdo con él Franco contestó el 21 de septiembre a la Yemaá con una espectacular declaración de principios en la que, entre otros, proclamaba los siguientes:

— El estado español reconoce que el pueblo saharauí es el único dueño de su destino.

— El estado español garantiza la integridad territorial del Sáhara.

— El estado español reitera y garantiza que la población del Sáhara determinará libremente su futuro «cuando lo solicite».

— El pueblo saharauí es propietario de su riqueza y recursos.

Todos ellos habrían de servir de base para la redacción de un futuro Estatuto que una vez aprobado por la Yemaá se elevaría a Ley por las Cortes.

Sin embargo cuando se cursó esta declaración ya se había producido un acontecimiento que, aunque apenas perceptible inicialmente, llegaría a tener una enorme importancia. Un grupo de nacionalistas se había reunido en Zuerat el 10 de mayo de 1973 para celebrar el I Congreso fundacional del «Frente Popular para la liberación de Saguia El Hamra y Río de Oro» o, simplemente, «Frente Polisario». Se designó secretario general de la nueva organización a Uali Mustafa Sayed, un ergueibat conocido por «Luley», de la fracción Tahalat que habitualmente nomadeaba por el Sur de la colonia.

Esta formación política, desconfiando de las intenciones españolas, se lanzó a la lucha armada que inició el 20 de mayo con una agresión a una patrulla nómada en las proximidades de Janquet Qusat. Al frente de las guerrillas se puso Brahim Ghali, el antiguo colaborador de Bassari, y su base de operaciones se situó en territorio mauritano.

29. El ministro de asuntos exteriores mauritano, Hamdi Uld Muknass y su séquito llegó a San Sebastián el 10 de septiembre y López Rodó refiere detalladamente sus entrevistas con él y con el almirante Carrero en su ob. cit. pp. 142 a 145.

9. MARRUECOS TOMA LA INICIATIVA DIPLOMÁTICA

Mientras España potenciaba a la Yemaá y el Polisario emprendía la guerra revolucionaria, Marruecos lanzaba una ofensiva diplomática para reforzar el apoyo que estaban dispuestos a prestarle Francia y los Estados Unidos, ambos decididos a pedir a Franco que no promulgara el Estatuto para impedir que todo el Norte de Africa cayera en la órbita soviética. Sus designios vendrían favorecidos por el asesinato el 20 de diciembre del presidente del gobierno español, Almirante Carrero Blanco.

Marruecos se dirigió a los representantes de todos los países miembros del Consejo de Seguridad y les anunció que trataría de revolver el problema por medio de negociaciones directas con España, que en caso de que éstas fracasaran, recurriría a los organismos internacionales y que si tampoco en ellos obtenía satisfacción recabaría libertad de acción.

Se estaba ya en 1974, habían triunfado las revoluciones de Portugal y Etiopía, en Francia había sido elegido presidente Giscard d'Estaing y Gaddafi ayudaba al Polisario. En España, después de una breve interinidad, había sido designado jefe del gobierno el 3 de enero don Carlos Arias Navarro y Pedro Cortina Mauri sustituía a López Rodó en asuntos exteriores. El 7 de julio se remitió a las Cortes el proyecto de Estatuto para el Sáhara y Hassan II envió a Madrid a su primer ministro Osman y a su ministro de asuntos exteriores, Laraki, para que advirtieran de los peligros que ocasionaría una eventual independencia del Sáhara³⁰.

Para entonces la diplomacia marroquí había convencido a Daddah de las ventajas que representaría para su país actuar de acuerdo con Rabat y cuando el 20 de agosto el delegado español en la ONU Pinies, se dirigió al Secretario General, anunciándole que España estaba dispuesta a convocar el referéndum en el primer semestre del año siguiente, Hassan II replicó con un discurso en el que anunció que sólo aceptaría una solución similar a la que permitió que la parte occidental de Nueva Guinea se uniera a Indonesia³¹.

Insistiendo en sus puntos de vista de que el Sahara formaba parte integrante de Marruecos propuso el 17 de septiembre de 1974 que el contencioso pasara al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya para su dictamen.

España quiso oponerse alegando que estaba en marcha el proceso previsto por la ONU pero la Asamblea General hizo suya la iniciativa marroquí y pidió a España (resolución 3292 de 13 de diciembre de 1974) que aplazara el referén-

30. Se entrevistaron con el príncipe Juan Carlos, en funciones de jefe de Estado por la grave enfermedad de Franco, con el presidente Arias y con los ministros Carro y Cortina, de la presidencia y de asuntos exteriores respectivamente.

31. Indonesia administraba la Nueva Guinea occidental desde que en 1962 salieron los holandeses. La ONU propugnó la celebración de un referéndum pero el gobierno de Yakarta consiguió que solamente votaran los delegados de los diversos poblados y regiones del territorio que el 2 de agosto de 1969 optaron por su integración en Indonesia.

dum hasta que se recibiera el veredicto del Tribunal Internacional y el informe de la comisión visitadora que, una vez aceptada por España, viajaría al Sáhara.

Marruecos seguía tesonera su política de conseguir solucionar el problema directamente con España a la que presionaba con el alternativo endurecimiento de las condiciones de pesca en sus aguas y la reivindicación sobre Ceuta, Melilla y los Peñones. Una táctica consistente en presentar sucesivas reclamaciones afirmando en cada ocasión que se trataba de la última.

Esa tenacidad mellaba la voluntad de resistencia de los gobernantes españoles, requeridos por la grave situación interna y desunidos en la cuestión. Había sido España la que alentó, promovió y creó las bases objetivas que hicieron posibles el nacionalismo saharauí, inexistente hasta después de la creación de la Asamblea General o Yemáa. La colonización, las fuertes inversiones, la sedentarización, la elevación del nivel económico y cultural y la actuación de los órganos de autogobierno, por muy incipientes y mediatizados que estuvieran, permitieron que surgiera un sentimiento que sin poderse considerar nacional si contribuía a crear una conciencia de identidad diferenciada.

Fueron las declaraciones de los ministros españoles, y muy especialmente las promesas de Franco, las que hicieron posible el Frente Polisario. Si era cierto lo que decían los españoles, que lo pusieran en práctica cuanto antes o si no lo harían ellos.

Esta dialéctica, lógica y coherente, fue la que se impuso en el II Congreso del Polisario celebrado entre los días 21 y 31 de agosto de 1974 y que fue seguido por audaces ataques de sus guerrilleros³².

Su prestigio crecía en detrimento del de la Yemáa, tachada de «colaboracionista», y todavía aumentó cuando nació el Partido de Unión Nacional Saharaui (PUNS), hechura del gobierno general, que celebró su I Congreso el 16 de febrero de 1975. Mientras las dirigentes del nuevo partido viajaban por Europa y África para darse a conocer, Marruecos siguió los pasos del Polisario y protagonizó numerosos actos de agresión a los puestos fronterizos.

En este ambiente la comisión de visita de la ONU llegó a Madrid el 8 de mayo y siguió viaje al Sáhara en el que permanecieron del 12 al 19 siendo testigo de numerosas manifestaciones convocadas por el Polisario para hacer demostración de su implantación³³.

Todos estos acontecimientos crearon en España una psicosis abandonista, opinión compartida por la inmensa mayoría de sus habitantes que pensaban también que quienes nos debían sustituir eran los saharauis.

En la España oficial, mucho menos monopolítica de lo que se supone, eran numerosos los que daban la razón a los marroquíes, en lo que coincidían, por

32. Tuvieron especial relevancia el efectuado el 26 de octubre contra la cinta transportadora de FOSBUCRA y el realizado el 18 de diciembre en Tifariti.

33. La comisión la presidía un representante de la costa de Marfil y la integraban vocales de Cuba e Irán. Antes de llegar a Madrid viajaron a Mauritania, Marruecos y Argelia. En el Sáhara visitaron la práctica totalidad de las localidades entonces existentes.

lo menos hasta los años 70, con la oposición de izquierdas, después tan propolitaria. Luego, por otras causas, propiciaron esta solución el Alto Estado Mayor e importantes grupos industriales y financieros mientras mantenían la línea de la autodeterminación los funcionarios y diplomáticos de asuntos exteriores y la mayoría de los militares, muy especialmente los componentes de la guarnición saharauí.

Así las cosas España propuso el 4 de junio la convocatoria de una conferencia cuatripartita entre Argelia, Marruecos, Mauritania y la propia España, iniciativa que fue vetada por Rabat. Días después, el 11, llegó a Madrid Waldheim al que Cortina anunció que o se llegaba a un acuerdo inmediato o España recabaría libertad de acción. El S.G. pidió paciencia en espera del dictamen del Tribunal de La Haya y el informe de la comisión de visita y el gobierno español insistió en su propuesta de conferencia cuatripartita. Piniés solicitó el 15 de julio que la convocara la ONU ampliándola para incluir a representantes de Túnez y Libia, pero Rabat reiteró su oposición.

En esta coyuntura Arias Navarro llegó a la conclusión de que cualquier solución era buena con tal de marcharse del Sáhara y entró en negociaciones con el Polisario. El movimiento independentista exigía que se formara una Comisión Mixta para administrar el territorio formada por representantes suyos y de la Yemáa y que se disolviera el PUNS, y no se alcanzó otro resultado que la liberación de los prisioneros en su poder³⁴.

En esta fase final del proceso descolonizador el panorama internacional se clarificó. En Marruecos todos los sectores sociales y políticos, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, se unieron en torno al rey; los Estados Unidos y Francia apoyaban sin reservas, por razones políticas y estratégicas, sus reivindicaciones y Mauritania se unió al mismo carro por temor a que el movimiento separatista de los ergueibat creciera en su propio territorio. Hasta Gaddafi mostraba su preferencia por una solución de compromiso. El principio de autodeterminación sólo encontraba eco en los foros internacionales.

10. LOS ACUERDOS DE MADRID

El Tribunal Internacional de La Haya emitió su dictamen el 16 de octubre y en él se daba una de cal y otra de arena. De una parte reconocía la existencia de lazos jurídicos y de dependencia entre el Sáhara y el reino de Marruecos y de otra parte decía que «no se ha comprobado la existencia de vínculos de tal naturaleza que puedan modificar la aplicación de la resolución 1514», en cuanto a los mauritanos aceptaba que muchas de sus tribus nómadas poseían derechos tradicionales sobre tierras, pastizales y pozos situados en el Sáhara occidental.

34. El PUNS celebró su II Congreso entre el 16 y el 18 de agosto pero ya antes su presidente Khallihenna Ould Errachid y varios miembros de su comité ejecutivo habían rendido homenaje el 21 de mayo a Hassan II.

Por su parte la comisión de visita entregó tres días antes su informe al «comité de los 24» en el que aconsejaba que se cumplieran «las resoluciones pertinentes de la A.G. relativas a la cuestión», aunque matizaba que el caso «puede no inscribirse en el marco tradicional que han seguido los países que han accedido a la autonomía y la independencia»³⁵.

Nada más conocerse ambos documentos el rey Hassan II se dirigió a su pueblo para anunciarle que «sólo nos queda recuperar lo nuestro» y que lo haría toda la nación representada por 350.000 individuos, «cosecha de un año», que se pondrían en marcha hacia el Sur sin más armas que El Corán.

La Marcha Verde produjo un enorme entusiasmo en Marruecos y honda emoción en el mundo. Todos los países islámicos, excepto Argelia, Yemea Democrático, Somalia y Libia, expresaron su solidaridad a Hassan II y España pidió la urgente convocatoria del Consejo de Seguridad que aprobó su resolución 377 en la que se pedía al S.G. que entablara «consultas inmediatas con las partes involucradas e interesadas» de acuerdo con el art. 33 de la Carta, que habla del arreglo pacífico de las controversias, y que fue incluido a petición de Francia.

Waldheim viajó de nuevo a Rabat, Argel, Nouakchott y Madrid, ciudad a la que llegó el 28 de octubre, para pedir al gobierno que aplazara cualquier decisión hasta conocer un proyecto que venía estudiando y que perfilaría en pocos días.

Simultáneamente llegaban a la capital española los ministros de asuntos exteriores de Marruecos y Mauritania para continuar las negociaciones iniciadas en Marruecos por el ministro secretario general del movimiento el día 20.

En el intermedio el Polisario mantuvo también conversaciones con el gobernador general, al que pidió el apoyo español y el ministro argelino del interior advirtió a Madrid que su gobierno consideraría muy grave la entrega del Sáhara a Marruecos.

Durante los días siguientes se mantuvo un tira y afloja sobre las condiciones a establecer, pero la decisión estaba tomada. El día 30 llegaron a Madrid los procuradores saharauis y al ver el ambiente decidieron pasarse al bando marroquí encabezados por Jatri que el 5 de noviembre hizo acto de sumisión en Agadir a Hassan II que se encontraba en la ciudad para encabezar la «Marcha Verde».

Tres días antes, el 2 de noviembre, el príncipe Juan Carlos, nuevamente en funciones de jefe de Estado, visitó El Aaiun donde tranquilizó a la guarnición. Ese mismo día el Consejo de Seguridad pidió que se evitara «cualquier acción unilateral o de otra índole que pudiera intensificar más la tirantez en la región» y aprobó la resolución 379 en la que se solicitaba a Marruecos que diera fin a la Marcha Verde y al S.G. que acelerara sus consultas.

Hassan II contestó que ya no era posible dar marcha atrás y su ministro de

35. En éste relato sigo, preferentemente, a Francisco Villar Ortiz de Urbina.

asuntos exteriores convocó al embajador español para urgirle «urgentes negociaciones bilaterales».

La delegación española en la ONU transmitió esta noticia al Consejo de Seguridad en tanto el gobierno se dirigía a Rabat en petición de que detuviera la Marcha con la promesa de reanudar las negociaciones al margen de la ONU.

Cumplidas estas condiciones el monarca alauita ordenó el día 9 que diera fin la Marcha Verde y cuando el 11 Waldheim transmitió a Madrid su proyecto, que consistía en que España se retiraría del Sáhara en una fecha precisa y en que la ONU ocuparía su hueco durante seis meses, los necesarios para la celebración del referéndum, la suerte estaba echada.

Todavía Boumedien trató de disuadir a Daddah, pero el 14 se firmaban los acuerdos de Madrid en virtud de los cuales España se comprometía a poner fin a sus responsabilidades y poderes. Temporalmente se establecería una administración cuatripartita de España, Marruecos, Mauritania y La Yemáa. Se nombrarían gobernadores adjuntos marroquí y mauritano y las tropas españolas abandonarían el territorio antes del 28 de febrero de 1976. La descolonización daría fin con la consulta a la población.

El 19 de noviembre las Cortes españolas aprobaron la Ley de descolonización, que se publicó en el B.O. del día 20, fecha del fallecimiento de Franco. En los días siguientes la A.G. aprobó las resoluciones 3458 A y 3458 B en las que, después de tomar nota del acuerdo tripartito, reafirmaba el derecho a la autodeterminación de la población autóctona y pedía a las partes del acuerdo que velaran por el respeto a sus aspiraciones, expresadas por medio de una consulta libre y organizada con el concurso de la ONU.

11. LA POSICIÓN DE LA MONARQUÍA ANTE EL PROBLEMA

Cuando la A.G. aprobaba estas resoluciones en España se iniciaba la transición. Juan Carlos I era rey de España y al frente del gobierno seguía Arias Navarro, al que el monarca renovó su confianza. En el gabinete, profundamente remodelado, ocupó el ministerio de asuntos exteriores José María de Areilza que tomó posesión el 11 de diciembre de 1975 y que inmediatamente dejó clara la posición de España: los acuerdos de Madrid eran técnicamente malos, «como todo lo improvisado» pero se respetarían³⁶.

Afortunadamente, y en contra de lo habitual en nuestro país, se impuso el sentido común y la monarquía renacida, apoyada de forma ampliamente mayoritaria por el pueblo, optó por la continuidad defraudando a una oposición menos respaldada por la opinión de lo que ella creía.

Fernando Morán, que había actuado muy activamente durante el período inmediatamente anterior como subdirector general de África y Próximo Oriente

36. Areilza, José María de «Diario de un ministro de la monarquía». Planeta 1977 p. 167.

con López Bravo y López Rodó, escribiría poco antes de ser nombrado ministro de asuntos exteriores del primer gobierno socialista de la monarquía: «Frente a la situación heredada se adopta por el primer gobierno de la monarquía una posición muy en congruencia con la táctica reforma/ruptura: no se denuncian los acuerdos de Madrid, pero se define su alcance supeditando la descolonización del territorio a la realización de una verdadera autodeterminación, conforme a los principios y procedimientos de las Naciones Unidas»³⁷.

Piniés, que siguió al frente de la delegación española en la ONU, sugirió al S.G. que enviara un representante a El Aaiun para «evaluar con mayor precisión la situación actual del territorio con vistas al ejercicio del derecho inalienable de todos los saharauis a la libre determinación». Reiterada la petición se designó para este cometido al embajador sueco en la ONU, Olof Rydbeck, que llegó a Madrid el 5 de febrero y después de visitar a Areilza salió para el Sahara donde pudo «comprobar como no se puede consultar la voluntad del pueblo saharauí». El ministro español comenta: «¡Que gran farsa la de las Naciones Unidas, siempre detrás de los acontecimientos para tratar de salvar la cara después de que se ha perdido todo lo demás!»³⁸.

12. LA REPÚBLICA ARABE SAHARAUI DEMOCRÁTICA

Después de los acuerdos de Madrid, recibidos de forma muy desigual, pero predominantemente adversa, por la opinión pública española, se hicieron cargo de la administración como adjuntos al gobernador general español. Ahmed Bensuda, por parte marroquí y Abdallah Uld Yeij por Mauritania. Tropas marroquíes sustituían a las españolas en todo el territorio salvo en el Sur, donde lo hicieron fuerzas mauritanas, pero los polisarios toman la iniciativa, retienen las comarcas orientales de la Saguia y el 28 de noviembre de 1975 Baba Uld Hasse-na, vicepresidente de la Yemaá, reúne a ésta en Guelta Zenmur y se acuerda constituir el Consejo Nacional Provisional Saharaui que reconoce al Frente Polisario como «único y legítimo representante» de su pueblo, acuerdo del que se da cuenta a la Secretaría General el 9 de diciembre por mediación del representante argelino en la A.G.... Más de la mitad de los 104 miembros de la Yemaá se había adherido al nuevo consejo. Argelia les presta toda clase de apoyos, sin excluir el militar, y pronto comienza un masivo éxodo hacia tierras del desierto argelino de buena parte de los habitantes del Sáhara en cantidad que la Cruz Roja Internacional evaluó en unos 20.000³⁹.

Poco antes de que España diera fin a la operación «Golondrina» de evacuación de todo el personal civil y militar residente en la colonia, que concluyó el

37. En el prólogo que escribió al libro de Francisco Villar.

38. Areilza, José María de Ob. cit. pp. 80-81.

39. Según Villar a la reunión de Guelmata Zemmur asistieron 67 de los miembros de la Yemaá que contaron con el apoyo de la extrema derecha y de la izquierda democrática española.

11 de enero de 1976 el arriarse la bandera española que ondeaba en el aeródromo de Villa Cisneros, la «administración provisional», convocó, a su vez, a la Yemáa, que con asistencia de únicamente 23 de sus componentes, se pronunció a favor de su unión a Marruecos.

El gobierno de Rabat creía que con este acto se había producido el traspaso de soberanía, jurídicamente legitimado por la Yemáa, y defendió este punto de vista ante Areilza en la entrevista que el ministro marroquí de asuntos exteriores, Laraki, tuvo con él, «casi por sorpresa», el 14 de febrero. El ministro español opuso que ese acto no cumplía las condiciones estipuladas en los acuerdos de Madrid y, días más tarde, solicitó de la ONU que sustituyera a España en la administración, petición a la que el S.G., con quien se reunió el 23 de febrero en Zurich, se negó en redondo.

En vista de ello se dieron instrucciones a Piniés para que fijara en Nueva York la postura española. Laraki, el día 24, había dirigido un mensaje al S.G. anunciándole que el 26 reuniría en sesión extraordinaria a la Yemáa para que expresara libremente sus opiniones y solicitaba la presencia en ella de un observador de la ONU. Era el reconocimiento expreso de que la anterior reunión, aquella en la que se constituyó la administración tetrapartita (España, Marruecos, Mauritania y la Yemáa), no resultaba válida a efectos de dar legitimidad a sus acuerdos como expresión de la voluntad de la población y de ahí la postura española:

La reunión de la Yemáa anunciada no constituye la consulta a la población prevista en los acuerdos de Madrid.

La presencia española en el Sáhara daría fin inmediatamente.

Por su parte el propio ministro español de asuntos exteriores se dirigió el 26 de febrero al S.G. para aclarar:

- a) España se considera desligada en lo sucesivo de toda responsabilidad de carácter internacional con relación a la administración del territorio saharauí.
- b) La descolonización culminará cuando la población haya podido expresar válidamente su opinión.

Apoyándose en esta declaración el S.G. se niega a la pretensión marroquí de que asistiera a la reunión de la Yemáa un observador de la ONU y Marruecos, por su parte, considera cerrado el contencioso con la misma.

España, cumplido su cometido, cesó en la administración temporal el 28 de febrero y, al no ser sustituida por la ONU, dejó libre el camino a Marruecos y Mauritania⁴⁰.

El día anterior el Consejo Nacional Provisional Saharauí anunció «el nacimiento de un Estado libre, independiente, soberano, regido por un sistema nacional democrático, árabe, de orientación unionista, progresista y de religión islá-

40. La presencia española fue reduciéndose de nivel a partir de los acuerdos de Madrid. El general Gómez de Salazar dejó su puesto al coronel Rodríguez de Viguri y éste al teniente coronel Valdés que fue quién dejó El Aaiun el 28 de febrero.

mica, denominado República Árabe Saharaui Democrática», que el 4 de marzo constituyó en Amgala su primer gobierno. Lo formaban:

Presidente: Mohamed Lamin U. Ahmed.

Interior y Justicia: Mahfud Ali Baiba, «Larossi».

Asuntos Exteriores: Hakim Brahim.

Defensa: Brahim Ghali U. Mustafa.

Además de éstos ministros se designaban secretarios generales de Hacienda, Comercio y Aprovisionamiento; de Sanidad y Asuntos Sociales; de Información y de Energía y Telecomunicaciones y se nombraba portavoz del Polisario a Hamed Baba Miske. En la Secretaría General del Polisario seguía Uali.

Apenas formado este gobierno fue reconocido por los países africanos del área socialista y por algunos del bloque comunista. Inicialmente: Argelia, Angola, Benin, Burundi, Corea del Norte, Guinea Bissau, Madagascar, Mozambique, Ruanda y Togo, con todos los cuales rompió sus relaciones Marruecos que el 14 de abril de 1976 firmó con Mauritania un «Convenio relativo al trazado de la frontera entre ambos». Se repartieron el Sahara español por una línea que arrancaba en la costa en el paralelo 24° N. y seguía hasta la intersección del paralelo 26° N. con el meridiano 13° O.

13. MARRUECOS FRENTE AL POLISARIO

El Polisario prosiguió su guerra revolucionaria que se intensificó después de la constitución de la RASD, pero las FAR ocupaban prácticamente todo el territorio que se adjudicó. No era tan buena la situación de Mauritania que, por su debilidad, fue el objeto preferente de los ataques del Polisario. En uno de ellos, dirigido contra Nuadhibú en junio de 1976 murió el S.G. de éste, Uali, que fue sustituido por Mohamed Abd el Aziz, actual presidente de la RASD.

Las pérdidas mauritanas eran elevadas y en el país se fué produciendo un profundo descontento que llegó a ser tan intenso que provocó la destitución de Daddah el 10 de julio de 1978 por un golpe de estado dirigido por el coronel Mustafa Uld Salek, a su vez derrocado en abril de 1979 por el teniente coronel Ahmed U. Busseif, que murió en accidente de aviación el 27 de mayo. Después de una breve confrontación interna triunfaron los partidarios de abandonar la partida y el 5 de agosto de 1979 Mauritania firma la paz con la RADS. Marruecos, que ocupa todo el territorio excepto La Güera, que retienen en sus manos los mauritanos, queda sólo frente al Polisario.

Este, que cuenta con la ayuda incondicional de Argelia y Libia, va logrando notables victorias hasta el punto de obligar a sus contrarios a replegarse al que llamaron «triángulo útil», que cubrió con un muro de arena minado y alhambreado cuya construcción terminó en 1981.

Estos éxitos militares tuvieron, como no podía ser por menos, su correspondencia en otros, no menos importantes, diplomáticos. El contencioso se había trasladado prácticamente de la ONU a la OUA donde la cuestión había estado

bloqueada por Senegal, Zaire y Gabón, pero en la XVI Cumbre, reunida en Monrovia en junio de 1979, se aprobó una resolución pidiendo la celebración de un referéndum libre y general en el que los nativos pudieran elegir entre la independencia y el «status quo» y crear un Comité de aplicación de estos acuerdos, que prepararía y revisaría el referéndum.

La A.G. seguía, rutinariamente, tratando el asunto y en 1980 rechazó, por su resolución 3519, una nueva propuesta marroquí presentada en un momento favorable pues el 4 de marzo Hassan II había viajado a Villa Cisneros, rebautizado Dakla, siendo recibido el triunfo por la población.

Sin embargo su posición internacional se deterioraba, el número de países que reconocían la RASD, aumentaba y se suponía que en la Cumbre a celebrar en Nairobi por la OUA en 1981 sería admitida como miembro de pleno derecho. Para impedirlo se declaró dispuesto a colaborar y aceptó el referéndum. Esta conducta de Hassan II se juzgó como un profundo cambio en su proceder pero Areilza da testimonio de que en su entrevista con el monarca el 5 de mayo de 1976 éste le dijo que estaba «dispuesto a celebrar una consulta popular en el territorio, a lo que antes se negaba por motivos constitucionales y para no crear precedente. (Un rey preguntando al pueblo si querían ser súbditos suyos)».⁴¹

A finales de agosto de 1981 el Comité de Aplicación acordó que participaran en el referéndum todos los nativos mayores de 18 años que figuraran en el censo español de 1974 y los refugiados en los países limítrofes. Sería organizado y realizado en colaboración con la ONU y para llevarlo a efecto con garantías se negociaría un alto al fuego y se establecería una administración provisional que trabajaría en colaboración con «las estructuras administrativas existentes en la región»⁴².

La iniciativa fracasó porque en la siguiente cumbre de la OUA, II de Nairobi, celebrada los días 8 y 9 de febrero de 1982, se pretendió propiciar negociaciones directas entre el Frente Polisario y Marruecos a lo que Hassan II se negó terminantemente. El Frente Polisario sólo debía ser admitido a participar en ellas después del referéndum y únicamente en el caso de que le fuera favorable.

No obstante los éxitos que lograba en el campo de batalla, aunque esporádicos y discontinuos, aumentaban su prestigio y el Consejo de Ministros de la OUA reunido inmediatamente después de la Cumbre de Nairobi, el 25 de febrero,

41. Areilza José María de. Obra cit. p. 170.

42. La administración española efectuó en 1974 un censo extraordinario de la población con vistas al referéndum que había anunciado para el primer semestre del año siguiente. A 31 de diciembre de aquel año vivían en el territorio 98.623 personas. 73.497 eran de raza autóctona y 20.126 españoles, lo que indicaba un fuerte ritmo de crecimiento, pues en 1950 el censo estimó la población total en 13.627 habitantes. El de 1960 en 23.793 y el de 1970 en 76.625. Buena parte del incremento era reflejo de una mejor práctica censal, pero otra, no despreciable, se debía a la atracción que ejercía una colonia en pleno desarrollo. FOSBUCRA, empresa creada el 23 de abril de 1969, estaba ya iniciando su actividad exportadora. La construcción trabajaba a un ritmo de centenares de edificios anuales, cifras que superaron el millar en 1965 y 1966. Los poblados se transformaban en ciudades, estas se dotaban de servicios y la población nómada era atraída hacia ellas.

aprobó el ingreso de la RASD en la organización lo que provocó una violenta reacción de Rabat que logró que se suspendiera la Conferencia anual de la OUA que estaba convocada para el mes de agosto en Trípoli y en la que debía presentarse el acuerdo del consejo de ministros.

Marruecos se vió asistido en tan grave crisis, por los Estados Unidos, su alrededor de siempre, que, a cambio del derecho de tránsito por los aeropuertos y bases aéreas marroquíes, concedió a las FAR importante ayuda para su lucha con el Polisario. Con ella pudo controlar y ampliar el territorio que dominaba e incluso reemprender la producción en FOSBUCRA⁴³.

Ante el cariz que tomaban los acontecimientos Argelia toma de nuevo la iniciativa y su presidente, Chadli Benjedi, se entrevistó con Hassan II en febrero y le propuso la creación del Gran Mogreb, pero no llegaron a un acuerdo pues el Polisario desechaba la solución federal y sólo aceptaba la soberanía total. Al parecer Hassan II se conformaba con conservar el «Sello y la Bandera», lo que parecía significar que estaba dispuesto a conceder una amplia autonomía a los saharauis dentro de un estado unitario pero su buena disposición no llegaba, ni de lejos, a satisfacer las aspiraciones del Polisario.

Ante su fracaso con Marruecos, Argelia se dirigió a Túnez y ambos estados firmaron el 19 de marzo el Tratado de Amistad y Concordia, al que se adhirió en diciembre Mauritania. Dentro del juego por la hegemonía Argelia trataba de envolver a Marruecos y éste, para evitarlo, reaccionó sorprendentemente firmando en junio un convenio de ayuda mutua con Libia. La situación en el Chad hizo posible que se pusieran de acuerdo Hassan II y Gaddafi, con disgusto de Francia y de los Estados Unidos, sin cuyo apoyo no le hubiera sido fácil a Marruecos conseguir los triunfos que iba logrando en el Sáhara donde ya había puesto en servicio un segundo muro que ampliaba su territorio y la seguridad en él.

En esta situación se celebró en ese mismo mes de junio la anual Cumbre de la OUA en la que la RASD no se atrevió a ocupar el puesto que se le había ofrecido. Sin embargo en ella se aprobó una resolución en la que se aconsejaba a Marruecos y al Polisario que «emprendieran negociaciones directas para crear las condiciones para un referéndum pacífico y limpio de autodeterminación». Marruecos no tuvo nada que objetar al referéndum pero descartó las negociaciones directas y públicas y en señal de protesta abandonó la reunión que celebró en septiembre el Comité de Aplicación ante la presencia de Mohamed Abd el Aziz. Con ello, el referéndum, programado para diciembre, se aplazó una vez más.

Entre tanto la guerra seguía y aunque tomaba un cariz francamente favorable para Marruecos su coste era tan elevado que superaba sus posibilidades fi-

43. Khallihamma Ould Errachid. Ob. cit. p. 139. La producción se reinició en 1982 año en que se extrajeron 207.000 toneladas de fosfatos. En 1985 se alcanzaron las 920.000 y posteriormente se ha superado el millón; algo todavía muy lejano a los 10.000.000 anuales programados por FOSBUCRA.

nancieras. A Argelia le sucedía algo parecido. Algo tenían que hacer para salir de una situación que se iba haciendo crónica pero ni aún así progresaba la idea del Gran Mogreb.

La ONU seguía aprobando año tras año resoluciones dirigidas a Marruecos con las mismas recomendaciones que en la década anterior se hacían a España. La OUA tampoco progresaba en sus esfuerzos y las miradas se dirigieron a la Liga Árabe y, sobre todo, a las relaciones bi o multilaterales entre los países del área. Gaddafi, que seguía imperturbable en sus tentativas de lograr alguna forma de unión con los restantes países árabes, reforzó los lazos que la unían a Marruecos y el 13 de agosto de 1984 firmó con Hassan II un tratado de integración abierto a los restantes estados mogrebinos, lo que no hizo sino acrecentar su división en dos grupos contrapuestos en lo referente al Sáhara.

La situación económica provocó disturbios en Marruecos y profundo malestar en Túnez y Argelia y todos buscaron alguna forma de superar la crisis. En Mauritania Ould Taya, que había sucedido a Mohamed Khouna U. Kaidella en la presidencia, optó por la neutralidad aunque permaneció en el «Tratado de Amistad y Concordia»⁴⁴.

En las tierras desérticas el Polisario, equipado con material soviético muy moderno, lanzó el 31 de octubre de 1984 su ofensiva «Gran Mogreb», pero los marroquíes, que habían completado su tercero y cuarto muro, le rechazaron obligándole a replegarse hacia Argelia. Paradójicamente, cuando se vió privado de territorio sobre el que establecer una ficción de Estado, la OUA, en su cumbre de Addis Abeba, celebrada entre los días 12 y 15 de noviembre, aprobó la admisión de la RASD lo que provocó la retirada en Marruecos. La victoria diplomática del Polisario perdía su significación a pesar de que una nueva resolución volvía a insistir en exigir a Marruecos la apertura de inmediatas negociaciones directas.

A principios de 1985 el ministro tunecino de asuntos exteriores, apoyado por su colega mauritano, trató de convocar una reunión de los estados mogrebinos, pero no lo consiguió. Marruecos, cada vez más seguro, no quería tratos con un «estado fantasma» y Hassan II viajó en triunfo a El Aaium en el mes de marzo para presidir la reunión conjunta del Consejo Económico de la Región Sur y del Real Consejo Consultivo para los Asuntos del Sáhara.

Los progresos conseguidos por Marruecos eran evidentes y ese fue el momento que eligió la A.G. para retomar el protagonismo perdido. Por acuerdo de 2 de diciembre de 1985 el S.G., ya don Javier Pérez de Cuellar, fue encargado de entrar en contacto con la OUA, formar una misión conjunta y visitar al Sáhara y los estados colindantes en busca de una solución pacífica. La misión llegó a El Aaium a finales de noviembre y después de dos semanas de estancia en el Sáhara emitió un informe reiterando la necesidad de un referéndum pero con la

44. Kaidella cubrió la vacante de Busseif el 4 de enero de 1980 y Ould Taya le sucedió en la presidencia del gobierno en abril de 1981, continuando aquel en la Jefatura del Estado.

advertencia de que éste era, por el momento, tan inviable como en el pasado.

El Polisario, sostenido por Argelia, pedía nada menos que negociaciones directas sobre la base de la restauración de la legislación española, la salida del territorio de todos los inmigrantes, la retirada de las FAR y la libertad de acceso a los exiliados en Tinduf y a las Fuerzas militares propias, lo que naturalmente era inaceptable para Marruecos.

En ese endiablado tablero Túnez reanudó sus intentos del año anterior y pretendió atraer a Marruecos al pacto de amistad y concordia, lo que de haberse realizado hubiera supuesto un contrapeso a la excesiva hegemonía argelina. Benjedí, consciente de ese peligro, pensó en algún tipo de acercamiento a su rival que nuevamente había quedado solo.

Libia, como protesta a que el rey Hassan II hubiera recibido al primer ministro israelí, Simón Peres, denunció a finales de ese año, 1986, su tratado de unión pero, como compensación, Marruecos, después de haber construido un quinto muro, que enlazaba con los anteriores después de cubrir la defensa de Villa Cisneros, se sentía sólidamente establecido y ello produjo una inevitable aproximación entre Rabat y Argel. Por añadidura en Túnez Burgiba fue desplazado por su segundo, Ben Alí, y el profundo disgusto de las poblaciones aconsejaba que todos trataran de superar la larga crisis.

Esta fue la causa de una serie de visitas entre los máximos dirigentes de Marruecos y Argelia que condujeron a la reanudación de relaciones diplomáticas entre ambos países el 16 de mayo de 1988.

Un mes después, el 10 de junio, se reunían en Zeralda los jefes de estado de Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez para tratar de la Unidad Mogrebí. Acordaron establecer una comisión conjunta para planificar la integración política y económica de la región siguiendo el ejemplo de la Comunidad Económica Europea. Túnez presidiría el grupo de asuntos sociales y de seguridad, Mauritania el de los culturales, Marruecos el de finanzas y aduanas, Argelia el económico y Libia el de organización política.

Todo parecía augurar el inicio de un proceso irreversible sobre todo cuando a finales de 1988 el rey Hassan II anunció su propósito de efectuar una descentralización administrativa que permitiría la creación de ocho regiones autónomas, una de las cuales sería la del Sáhara Occidental.

En ese clima el monarca alauita recibió el 4 de enero de 1989 a una delegación del Polisario encabezada por Bechir Mustafá Sayer, miembro del Comité Ejecutivo y todo parecía indicar que la solución del problema estaba próxima. Como prueba de buena voluntad el Polisario declaró una tregua que permitiría celebrar en Rabat, a partir del 14 de febrero, la II Cumbre Mogrebí, en un ambiente de paz. Pero mantuvo tercamente su conocida postura de que no se celebrara el referéndum hasta que Marruecos abriera negociaciones directas, retirara sus fuerzas, entregara la administración a la ONU y permitiera que sus tropas y partidarios regresaran al territorio.

Esta intransigencia hace sumamente difícil una solución a corto plazo. El S.G. de la ONU volvió a viajar al Sáhara en marzo de este año pero únicamente

consiguió que los marroquíes aceptaran la posibilidad de celebrar conversaciones con el Polisario a nivel técnico excluyendo cualquier contacto de carácter político y siempre que fueran convocadas ambas partes por el propio Pérez de Cuéllar.

Sin embargo en el informe que éste presentó al Consejo de Seguridad y que fue aprobado, resurgió con fuerza la petición de negociaciones directas y el 9 de julio concluyó en Ginebra una ronda de conversaciones separadas entre representantes de Marruecos y el Polisario con el S.G., pero sin que Hassan II cediera en su postura de negarse a cualquier trato directo con los que considera rebeldes.

Ultimamente, entre el 21 y el 23 de julio, se ha celebrado la III Cumbre Mogrebía sin que sus miembros hayan progresado prácticamente en materia de unidad económica y, por supuesto, en lo referente al futuro del Sáhara, cuya incorporación a Marruecos se ve consolidada con el paso del tiempo. El Polisario no tiene otras posibilidades que las derivadas de la ayuda económica y militar que recibe pero en el momento en que desaparezca se diluirá inevitablemente.

14. MARRUECOS EN EL SÁHARA

Para Marruecos, ocupante del Sáhara, la RASD, pseudoestado creado en Argelia y por Argelia, carece de valor jurídico y no tiene otro apoyo que el de los internados en los «campos de refugiados y secuestrados en Tinduf». El Polisario, dirigido por gentes de origen marroquí o mauritano que han traicionado a sus países, sirve los intereses hegemónicos de un país extranjero que utiliza a unos supuestos exiliados, en su gran mayoría habitantes de los países colindantes —Niger, Malí y Mauritania—, que han abandonado sus lugares de origen a causa de la desertización y sequía que asola sus tierras desde varios años atrás.

Estas gentes, siempre según Rabat, mantienen una constante y permanente agresión al suelo marroquí que, en su defensa, se ve obligado a proteger sus fronteras con un importante ejército a cubierto de los seis muros defensivos.

Detrás de ellos realiza una tarea ingente que ha producido un cambio profundo en lo social y en lo político. Administrativamente todo el Sáhara Occidental constituye cinco provincias y parte de una sexta:

— Guelmín, con capital en esta ciudad, próxima a Ifni, territorio que se incorporó a la de Tiznit; comprende las zonas desérticas del Marruecos al Sur del Atlas y parte del antiguo protectorado español que incluye la localidad de Zag.

— Tantán, con capital en ésta localidad, y formada por las tierras de la cuenca baja del Dráa.

— El Aaium, predominantemente atlántica con cabecera en la antigua capital de la colonia española y que se extiende por el Norte hasta Puerto Cansado, con lo que queda dentro de su demarcación Cabo Jubí, hoy Tarfaya. Por el Sur descende para incluir las minas de Bucráa.

— Bojador, extendida en la dirección del paralelo hasta la frontera mauritana y por la costa hasta un punto intermedio entre cabo Bojador y Villa Cisneros, hoy Dakla. Su capital es Bojador, nueva ciudad fundada en las inmediaciones del antiguo faro y que ronda los 10.000 habitantes.

— Smara, con centro en la antigua capital de Ma el Ainin y que tiene su límite Norte en la de Guelmín, el Sur en el paralelo 26° y el oriental en la frontera mauritana.

— Oued Eddahab, con capital en Dakla y que comprende todo el territorio al Sur de la provincia de Bojador.

Las comunidades urbanas siguen siendo las mismas que levantó España, pero que han conocido un enorme crecimiento: El Aaiun está cerca de los 100.000 habitantes; Tarfaya contabilizó 9.627 en 1982; Smara 20.480; Bojador 8.481 y Dakla 21.496. La Güera sigue ocupada por Mauritania y no se ha beneficiado por tanto de esta expansión fuertemente condicionada por la guarnición militar que hoy es del orden de los 120.000 hombres. Esta increíble presencia militar es la que ha servido de motor a un desarrollo urbano que podría ser transitorio y dejar tras sí el día de mañana un rosario de ciudades fantasmas.

Marruecos cree haber conseguido la total integración del Sur con las restantes regiones del reino y señala como índice que en todas las consultas electorales celebradas a partir de 1976 los ciudadanos saharauis se han distinguido por su mayor participación en los comicios tanto aquellos en que se eligieron los miembros de los consejos comunales como en las elecciones legislativas de 1977 y 1984 a las que quisieron dar el carácter de otros tantos referéndums constitucionales.

En el orden de las obras públicas, especialmente carreteras y puertos, y en el de obras hidráulicas, han logrado innegables progresos en la línea iniciada por el Plan de Promoción del Sáhara Español, aunque llevado a una escala incuestionablemente superior.

La realidad de estos hechos y la prolongación sine die de un contencioso que no encuentra solución, fortalece la posición de Marruecos que ha creado una situación prácticamente irreversible. Esto se manifiesta en la división, cada vez más acusada, que se opera en el interior del Frente Polisario. En él luchan tres tendencias fundamentales:

a) los denominados «argelinos», encabezados por Mohamed Abdelaziz, presidente de la RADS y secretario general del Frente Polisario que mantienen la tesis incorruptible, aunque su dependencia de Argelia les ligan excesivamente a las imprevisibles reacciones de este estado hoy tan inestable⁴⁵.

b) la encabezada por Bachir Mustafá Sayed, heredero de Ualí y que, al parecer, se contentaría con la constitución de un Estado autónomo dentro del imperio marroquí. Prefiere la vía negociadora a la bélica.

45. Los vínculos de este grupo con Argelia se fortalecen por el hecho de que Abd el Aziz está casado con la hija del alcalde de Tinduf, Uld Jalili, y por sus relaciones con el Ejército argelino que le apoya.

c) la de Abd el Kader Taleb Aommar, ministro de información y cultura, que tienen una posición crítica hacia los otros dos. Su aspiración a la independencia frente a Argelia y Marruecos es claramente utópica.

El futuro aparece incierto y demora en el tiempo la solución de un problema que parece no tenerla más que dejando que los años consoliden el hecho consumado por agotamiento de sus oponentes.

15. LA POSICIÓN ESPAÑOLA

En España todos estos acontecimientos suscitan un interés cada vez menor. Inicialmente el Polisario despertaba indudables simpatías, especialmente, como ya dijimos, en ambos extremos del arco político. Según don Fernando Morán: «La actitud de la mayor parte de la opinión española respecto a los acuerdos de Madrid en el momento de la transición a la democracia constituyó un elemento de lo que podríamos denominar cultura política de ruptura. La repulsa a la anexión, y sobre todo, la condena a la política de claudicación y connivencia del último gobierno de Franco, formó parte, con un europeísmo acrítico y la simpatía hacia los pueblos oprimidos por las dictaduras latinoamericanas, de la visión más general de los demócratas españoles»⁴⁶.

Culpaba de todo ello a «la realidad del poder a escala mundial» materializado en el decisivo apoyo de Estados Unidos y Francia a Marruecos, causa a la que se unían la solidaridad de los países árabes con el Reino Alauita, la abstención en un momento clave del bloque socialista, y la presión ejercida sobre España en los momentos oportunos con la reivindicación de Ceuta y Melilla.

Afortunadamente el primer gobierno de la monarquía respetó los acuerdos de Madrid y no reconoció a la RASD, como hubieran querido las izquierdas, los siguientes establecieron contactos con el Polisario y, en tiempos de la UCD, se le autorizaría a abrir en nuestra patria una representación oficiosa.

Así estaban las cosas cuando las elecciones de octubre de 1982 dieron el triunfo a los socialistas y en el gobierno que presidía Felipe González ocupó la cartera de asuntos exteriores don Fernando Morán. No obstante las cosas no cambiaron. El nuevo jefe de gobierno visitó Marruecos en marzo de 1983, precediendo al rey, que lo haría en mayo, y declaró que en el Magreb su política sería «de conjunto y de equilibrio, de colaboración y no de confrontación, de no ingerencia en los asuntos internos de los estados». Se mantiene la oficina del Polisario pero el incidente de septiembre de 1985 en el que unas lanchas del Frente Polisario atacaron al pesquero «Junquito» y a la patrullera de la Armada «Tagomago», que acudió en su protección, ocasionando dos muertos y haciendo seis prisioneros españoles, que fueron liberados a los pocos días, obligó al gobierno de Madrid a ordenar su cierre y a expulsar sus representantes oficiosos que gozaban de un régimen de tolerancia.

46. Del prólogo que puso a la obra de Francisco Villar.

La delegación española votaba en la A.G. las resoluciones que pedían negociaciones directas con objeto de lograr un alto al fuego que hiciera posible el referéndum y la postura de España seguía siendo, con Morán, y con su sucesor, Fernández Ordóñez, la misma que con Areilza y Pérez Llorca.

En definitiva, la diplomacia española ha mantenido una línea de continuidad. España sigue creyendo que el proceso no finalizará hasta que el pueblo saharauí pueda expresar válidamente y con las debidas garantías internacionales, su voluntad, pero no reconoce a la RASD, pues hacerlo supondría predeterminar el resultado de la consulta que se considera necesaria.

Evidentemente se tiene clara conciencia que el fondo de la cuestión es el de la lucha por la hegemonía entre Marruecos y Argelia. Según don Jorge Dezcallar, director general de política para África y Oriente Medio, «el conflicto del Sáhara, consecuencia, que no causa de esa rivalidad, es el centro de preocupación y el obstáculo que divide, separa y enfrenta»⁴⁷.

Por añadidura impide la creación del Gran Mogreb. El Polisario, a pesar de que no cesa en sus acciones militares y de haber conseguido un amplio reconocimiento internacional —su existencia la admiten teóricamente sesenta y siete estados— pierde fuerza al controlar cada vez más firmemente el territorio las FAR.

Tanto Marruecos como Argelia tratan de atraer a España a una postura favorable a sus intereses respectivos y según el propio director general citado, «hemos vinculado, casi constantemente, los intereses económicos a compensaciones políticas con una respuesta por parte de Marruecos, Argelia y Mauritania, idéntica, tratar de hacer el mismo juego»: en su opinión hay que crear un colchón de relaciones políticas basado en una cooperación económica de conjunto, con contrapartidas mutuas suficientes en cada sector, y equilibrio en lo general.

16. CONCLUSIÓN

Decía don Carlos Alonso Zaldibar, asesor del Gabinete del Ministro de Asuntos Exteriores: «En el problema del Sáhara mantener una posición que facilite el desarrollo de buenas relaciones con la Administración que, en su día, se haga cargo definitivamente del territorio y de su banco pesquero»⁴⁸. No es fácil predecir el futuro que, casi siempre, desacredita todas las previsiones. Lo más probable es que las cosas sigan como están degradándose paulatinamente hasta que una situación de hecho quede legitimada, de una u otra forma, por el tiempo.

47. De la conferencia pronunciada por don Jorge Dezcallar en el CESEDEN en el Seminario «Cuestiones de Interés Permanente para España en el área Mediterránea». Boletín de Información del CESEDEN número 189. Marzo 1987.

48. Ponencia presentada por don Carlos Alonso Zaldibar en el Centro de Estudios Constitucionales. Boletín de Información del CESEDEN número 205 noviembre 1987.

Pero pudiera no ocurrir así. En cualquier caso creo que es de nuestro interés procurar suavizar la rivalidad argelino-marroquí, no sólo porque la estabilidad en el Magreb es fundamental para nuestra seguridad, sino porque es de interés mundial y muy en particular de Europa.

A España le conviene contribuir eficazmente a que Marruecos, en primer lugar, y luego los restantes países del Magreb, lleguen a integrarse en las comunidades europeas y formar con ellas un mundo euroafricano atlantista. Nuestra política no puede ser otra que hacer gravitar a esos países en la esfera occidental. Históricamente se perdió la coyuntura extraordinariamente favorable para España de 1956, año en el que debimos adelantarnos a Francia en el reconocimiento de la independencia marroquí aunque nada más fuera que por coherencia a la línea política seguida en los años anteriores.

Se nos fue de la mano la oportunidad de 1957 cuando era evidente que a corto plazo tendríamos que abandonar el África Occidental española y cuando Francia aún no había iniciado la descolonización de su imperio. Lamentablemente Franco no atendió el consejo de Eisenhower que en carta de 29 de mayo de 1956, le decía «los actos de justicia requieren coraje y generosidad, uno de los mayores problemas para los hombres y sus gobiernos era afrontar la inevitabilidad del cambio»⁴⁹.

Todavía fue mayor el error del entonces príncipe heredero Hassan de promover y alentar el ataque de las BAL a Ifni y el Sáhara, que propició un acuerdo franco-español que retrasó el proceso y favoreció, primero, la provincialización del AOE y, después, el nacimiento del nacionalismo saharauí.

No fue tampoco hábil el intento de crear algún tipo de asociación entre España y el Sáhara ni la tardía colonización que costó esfuerzo y dinero, propició la aparición del Polisario y creó artificialmente un problema aún sin resolver.

Los acuerdos de Madrid, con todos los defectos técnicos que apuntó Areilza, tenían el gravísimo de llegar con dieciocho años de retraso.

Las simpatías propolisarias siguen siendo importantes entre nosotros, aunque no apasionen a las gentes como en otros momentos lo hicieron en determinados sectores de opinión. Los que consideran que Marruecos debe abandonar el territorio indican como prueba concluyente el que para mantenerse en él tenga que apoyarse en un formidable ejército de ocupación, pero la verdad es que éste no tiene ese cariz. Su enemigo no está en su retaguardia, sino al otro lado de las fronteras. Su misión no es mantener el orden, como una fuerza de policía, sino evitar la invasión de las nuevas provincias sureñas del reino.

Parece ser que la población se reparte, no sabemos en que proporción, entre los que se sienten perfectamente integrados en el mundo marroquí y los que aspiran a una independencia, necesariamente restringida. Aquellos han vuelto, o nunca se marcharon, a sus lugares de residencia y éstos siguen firmes en su he-

49. Marquina Barrio, Antonio: «España en la Política de Seguridad Occidental» Ed. Ejército 1986, p. 702.

rónica y sacrificada lucha desde los campamentos situados en suelo argelino en los alrededores de Tinduf. Sus posibilidades dependen, total y absolutamente, del apoyo político, económico y militar que reciban de otros gobiernos: Argelia, Libia, y Arabia Saudita. Si éste les falta su resistencia se anula.